Sobre el centenario de John Wayne

Feo, fuerte y formal

Javier Rodríguez C.

Que el icono máximo de la Norteamérica retrograda, racista, patriotera y puritana, se haya ganado un espacio en este blog debe obedecer a algo realmente importante. Para sumar a esta suerte de "panteón" al Duque, John Wayne, habrá que tener algún muy buen motivo. Claro, un aval de esa naturaleza no es necesario para homenajear a aquellos personajes que nos son más caros (¿Recuerdan cuando celebramos el quinto estornudo de Bob Dylan?), así que quizás lo de Wayne vaya a tener un valor adicional. O su "efemérides" tiene que ser realmente muy importante. El pasado 26 de Mayo, John Wayne, mastica tabacos y partemadres legendario, habría cumplido cien años. Alguien tenía que acordarse.

Habiendo heredado por vía paterna el amor por los westerns, a John Wayne me cuesta no recordarlo a caballo, con el sombrero reglamentario, una seis tiros en mano y la faz adusta de un monolito. Bueno, quizás sí se pueda cambiarlo a un uniforme militar, pero el rostro y la actitud deberían ser idénticos. El asunto es que Wayne no fue un gran actor, ni tampoco un sujeto particularmente agradable (un "facho" orgulloso de serlo), pero se benefició de alguna suerte de conjunción subconsciente, que hizo de él mucho más que un simple y mediocre actor; Wayne se convirtió en una leyenda viviente. Tanto así que su estatus de icono apenas puede ser igualado por Humphrey Bogart, James Dean o, tal vez, Brando. Entonces, ¿Cómo llegó este hombre a semejante pedestal?

Recuerdo esa "obra maestra" de la comedia-fascista que era *"The Green Berets"*, la segunda película que dirigió un envalentonado – como avejentado - Wayne, tratando de apoyar las acciones bélicas de Nixon en Vietnam, cercadas por hordas antibelicistas; una tontería total. También me acuerdo de *"The Conqueror"*, en la que el ultra yanki Wayne hacía de Genghis Khan (sí, leyó bien, el Gran Khan de los Mongoles), en un bodrio épico producido por un alucinado Howard Hughes, que cerraba el reparto con Susan Hayward y Pedro Armendáriz como parte de una pintoresca familia real de las estepas asiáticas.

Pero estamos siendo excesivamente crueles con el hombre. No es que signifique algo que haya ganado un Oscar, sino que el hecho que su imagen, y la tosca masculinidad que poseía, se hayan fundido con la misma esencia de "lo americano" (esa alusión metafísica que mantiene a Bush donde está ahora), merece que se le recuerde, si acaso con sorna, como el Davy Crockett más ridículo que haya podido verse. Es más, John Wayne ha llegado a representar tan perfectamente al "Superhombre Yanki" que en su primera visita a los Estados Unidos, dice la leyenda, el Emperador Hiroito pidió expresamente entrevistarse con él, que era algo así como la encarnación del enemigo que los había derrotado en la Segunda Guerra Mundial.

Desde sus inicios como miembro de una juvenil organización para-masónica hasta su condecoración con la medalla del Congreso yanki (una distinción dada solamente a los militares, otorgada a él por el simple hecho de ser "Americano"), Wayne militó en el ala más "extrema" del conservadurismo de derechas. Se dice que perseguía hippies por las

calles debido a que los encontraba "irrespetando la bandera", que Stalin encargó a la KGB su asesinato (hablamos de días en los que la CIA trataba de desprestigiar a Fidel Castro intentando hacerle perder la barba) o que dirigió la "caza de brujas" anti-comunista en su capítulo hollywoodense (Co-fundó con Walt Disney la *"Liga por la Defensa de los Ideales Americanos"*). Todo ello puede ser cierto, pero encuentra una pasmosa contracara en las profundas contradicciones que acusaba (o escondía) John Wayne.

Veamos, se casó en tres ocasiones, siempre con mujeres latinas (solía bromear diciendo que "eso" era lo único "no americano" en él), compró grandes extensiones de terreno en Sudamérica (algo "muy americano" en él), mas lo que marcó su existencia fue una inexplicable evasión del servicio militar en plena Segunda Guerra Mundial. Wayne adujo enfermedades, problemas de edad, familia o trabajo, pero lo cierto es que ningún argumento se sostiene. John Wayne, el máximo icono del chauvinismo yanki, agita banderas y golpea pechos, no se presentó a la leva, incluso mientras sus colegas menos "rudos" se enrolaban. Nadie lo ha podido comprender, pues estaba en edad y condiciones indiscutibles (hasta en obligación moral, si tal cosa cabe – y es que en el esquema de Wayne tendría que haberlo hecho) para presentarse. En cambio, Wayne siguió filmando, comodísimo, en los EEUU, sin siquiera disminuir su ascendiente, mientras las tropas veían sus películas en el frente, o bautizaban al papel higiénico como *"John Wayne"* ("no acepta mierda de nadie").

Salvando estas incoherencias, se puede recordar sus colaboraciones con Howard Hawks y John Ford – pesos pesados de los westerns – como lo mejor que haría en cine. "Pensar que el hijo de perra puede actuar" dijo tras ver su desempeño en *"Red River"* uno de sus más usuales directores. *"Stagecoach"*, *"The Searchers"*, *"The Man Who Shot Liberty Vance"*, son – a saber – lo más destacado de la extensa filmografía de John Wayne, todas películas marcadas a fuego por su presencia, todas obras maestra del género, todas piezas centrales de la historia del cine.

Así continúan las contradicciones, en un hombre que fue la epítome del cowboy (hasta la aparición de Clint Eastwood, al menos), y criticó duramente el trabajo de Sam Peckinpah (uno de los popes del western), a quién llamó "destructor del mito del oeste", mientras, evitando mancillar su imagen, declinaba roles apenas "anti-heróicos" (¿No es esa la esencia del cowboy?), para hacer de Boina Verde troglodítico. Lastrado eternamente por la vergüenza de no haber participado en la guerra, se permitió dejar sus huellas en el Teatro Chino en cemento mezclado con arena de Iwo Jima; era él la encarnación de "El Superpatriota", no importaba más. En fin, siempre es mejor ver a Wayne batirse a duelo en el árido paisaje fronterizo de los westerns, bien protegidos de la razón e impiedad.

¿Acaso no cumplía también en esta semana cien años Sir Laurence Olivier? Sí, pero John Wayne también interpretó a Shakespeare, verbigracia *"Hondo"*. Entonces, con semejante enemigo, no queda más que desear tengamos otros cien años de dientes apretados.

javier.rodriguez.c@gmail.com